

LA NOVELA



del SABADO

# EL CRIMINAL NUNCA GANA

(EL CASO DE UN PROVINCIANO EN PARIS)



N.º 68

IVÁN MONTIEL

Un estafador, sometido a chantaje, asesina al chantajista.

«Iván Montiel» es el seudónimo de los hermanos Daniel y Antonio Baylos. Nacidos en Calahorra (Logroño) y Madrid, respectivamente, en 1917-1923.

Abogados, colaboradores literarios de la Emisora de Radio Madrid, popularizaron su seudónimo «Iván Montiel» en el programa radiofónico titulado «El criminal nunca gana».

Finos.  
deliciosos...  
exquisitos en todo momento



CHOCOLATES  
**NESTLÉ**

Los Chocolates que gustan mucho... mucho... mucho.

# VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

11 días de viaje.

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

**WAGONS - LITS // COOK**

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,  
C. SOTELO, 14  
Palace Hotel  
o en  
cualquiera de  
nuestras  
agencias de  
España



## **S E M A N A**

la revista española más conocida en el extranjero.

## **S E M A N A**

que aumenta sus páginas y no su precio.

## **S E M A N A**

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

## **S E M A N A**

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

---

**Redacción y Administración:**  
**PASEO ONESIMO REDONDO, 26.**

**Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.**

**Se admiten suscripciones y encargos:**  
**Teléfono 22 42 90.**

## PROXIMO NUMERO

69. Casa de amor.—José Ortiz de Pinedo.

### ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

42. Martín Nadie.—C. Fernández Luna.  
 43. La guerra de Dios.—Vicente Escrivá.  
 44. Eclipse de Tierra.—Mercedes Ballesteros.  
 45. Pipo, perro.—Antonio Pérez Sánchez.  
 46. El buen Sancho.—Azorín.  
 47. Alejandra y Carlino.—César González-Ruano.  
 48. El Mercado.—Ignacio de Aldecoa.  
 49. El viaje divertido.—Carmen Laforet.  
 50. La madrastra.—Alfonso Hernández Catá.  
 51. El salnete triste.—Tomás Borrás.  
 52. El cuclillo de la madrugada.—José Luis Acquaroni.  
 53. Para que el gato sea limpio.—Jacinto Benavente.  
 54. Farruquiño.—Gonzalo Torrente Ballester.  
 55. Antonio.—Eugenia Serrano.  
 56. Teresa Ferrer.—Rafael Azuar.  
 57. La golondrina y los rascacielos (Nueva York hace treinta años).—Federico García Sanchiz.  
 58. La última dicha.—Luisa Alberca y G. Sautier Casaseca.  
 59. De oro y azul.—Josefina Carabias.  
 60. Los caballeros las prefieren castañas.—Tono.  
 61. El fantasma.—W. Fernández Flórez.  
 62. Los railes.—Miguel Delibes.  
 63. El tonto.—Luis Molina Santaolalla.  
 64. Los serenos duermen de noche.—Evaristo Acevedo.  
 65. Una aventura en el tren.—José María Salaverría.  
 66. Josechu y la señora.—Luis de Castresana.  
 67. Mañana.—Dolores Medio.

Tarifa de suscripción a "La Novela del Sábado":

A 12 números .....	68 pesetas.
A 25 " .....	138 "
A 52 " .....	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 31 05 12, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

# I LOS VECINOS DE LA SEÑORA CRAISEUL

París se había vestido de luz cara al verano. El calor hacía acurrucarse a la gran urbe, mojada tibiamente por el Sena, que se adormecía de pereza en su continuo tránsito por la ciudad. Sus habitantes metían sus cuerpos, una y otra vez, en el río, buscando un poco de frescor, y hacían pendular sus piernas desnudas sobre los pretils entre chapuzón y chapuzón.

En los atardeceres, cuando el trabajo cesa, se llenan las terrazas de los Grandes Bulevares de ansiosos consumidores de cerveza; duchas internas de toda clase de bebidas frías, que luego suben a la frente de los bebedores en forma de gotas de sudor. No faltaban quienes merodeaban los cafés sin decidirse a cambiar unos cuantos francos por algo que mitigara momentáneamente la sed. Miraban las bebidas de los demás y se figuraban en sus gargantas la fresca caricia de la espuma, y el gusto un poco amargo de la cerveza. Luego continuaban caminando lentamente, con un leve suspiro, entretenidos en el magnífico espectáculo de la ciudad luminosa y borboteante de transeúntes. Era el paseo casi obligado antes de buscar inútilmente un rincón, un lugar menos cálido, en el propio hogar; dar la vuelta total o parcial de los Grandes Bulevares, especialmente desde la Plaza de la República, hasta la Madeleine, para seguir por la Rue Royale a la de Rivoli, de cuyos lujosos establecimientos refrigerados se escapaba como intermitentes suspiros de aire frío.

A través de las lunas de los escaparates brotaban hasta el transeúnte los reflejos de las mujeres hermosas. Su gesto tenía algo de abandono, un poco de pereza o de cansancio; pero nunca faltaba la sonrisa.

París se presentaba envuelta en reflejos y luces, como una mujer que se hubiera vestido de gala; con sus edificios, un poco grises, blanqueados ahora por el sol, aún incansable en la atardecida; con su embrujo renovado del Barrio Latino, en donde ya los estudiantes parisinos habían sido substituidos por los extranjeros que iniciaban los cursos de verano; con las hileras de turistas merodeando el Louvre; admirando la ciudad desde el Puente de los Artistas o fotografiando Notre-Dame; y, en fin, con esos trozos individuales de la gran corriente de la vida, que son tragedias, alegrías, preocupaciones, o simple pasar de las horas.

Pero también se vive fuera del centro de París. La ciudad, indiferente y coqueta, trenza entre sus casas la existencia de miles de habitantes. Como estos vecinos que viven en la calle de La Roquette, cerca ya del romántico cementerio del Padre Lachaise.

Se habla del calor, ¡claro!, no porque sea tema obligado, sino porque lo hace y se hace padecer. Entre pañuelos, que pasan casi continuamente por la frente; pequeños abanicos de las tiendas de comestibles, y suspiros a la sombra de los patios, surge el diálogo.

—Es lo que le digo yo a mi Juana, señora Craiseul. Que con este calor, no sé cómo hace usted para seguir trabajando de sol a sol.

—Y ¿qué remedio?

No hay tristeza en la respuesta que da la señora Craiseul. Es una viejecita bien conservada y animosa, viuda ya hace tiempo y pocas veces triste... al menos delante de las vecinas.

—No quería decírselo, señora Grenville. Pero puede que dentro de unos días cambie mi suerte, para mejor.

Naturalmente que la señora Grenville pone ahora toda su atención para escuchar a la viuda. No es que lamente una variación de fortuna en su vecina, pero tampoco se alegra. Es siempre una satisfacción, aunque pequeña, saber que ella puede quedarse todo el día en la casa, en «sus labores», como figura en el padrón municipal, atendiendo a su marido y a su hija, mientras que la señora Craiseul tiene que ir a coser por las casas para unir a su exigua pensión algún otro ingreso.

—Me han hablado de un caballero que desea vivir en una casa tranquila, por esta parte de la ciudad, como único huésped.

—¡Vaya! ¡Cuánto me alegro! —(Su alegría suena a falso, señora Grenville)—. Aunque, tal vez, ese caballero prefiera una pensión.

—Ya le he dicho que quiere estar solo... Y es lo que yo me digo. ¿Por qué no voy a aceptar? Puedo sacar, honradamente, casi el doble de lo que ahora gano cosiendo, y ya mis ojos se fatigan de tanto dar puntadas.

—Y, ¿no sabe usted de quién se trata?

—Aún no. Pero pronto lo conoceré. Al parecer es un provinciano que, con los ahorros que ha conseguido, viene a vivir a París.

—Yo que usted me enteraría bien de la clase de persona que es. Puede resultar peligroso meter en casa a un extraño.

La señora Craiseul piensa que para ella tal peligro no existe. ¿Qué daño puede hacerle nadie a su edad? Pero no quiere rebatir los argumentos de la señora Grenville. ¿Para qué? Además... ¡hace tanto calor en el patio! Lo han regado ya tres o cuatro veces, pero es inútil. El agua se evapora casi inmediatamente y el suelo vuelve a arder.

—¡Felices los que pueden ir al mar, durante el verano! —añora la viuda.

—¡Bah! No lo crea. Mis cuñados, los de Lyon, ya sabe usted que van todos los años a una playa del Norte. Y, ¿pa-

ra qué? La mayoría de los días amanece nublado y ni siquiera pueden bañarse. Y es lo que yo digo; el verano se ha hecho para pasar calor. Mis cuñados...

Siempre está la señora Grenville a vuelta con sus cuñados de Lyon. La viuda se conoce de memoria todas sus historias. Y no la escucha, aunque finge atención. Ella sigue pensando en el mar, que tanto le gusta, aun cuando nunca ha estado en él. Lo ha visto en las postales y una vez que fué al cine. Eso sí que la impresionó. Se le llenaron los ojos de lágrimas y ya siempre se representa el mar como grandes cascadas de agua que caen con fuerza sobre las rocas.

Tal vez, si con el huésped ahorra... Dentro de unos años... Sí; tal vez, podrá conocer el mar...

\* \* \*

El patio de la casa de la calle de La Roquette fué animándose poco a poco. Gabriela Grenville pudo ahora charlar con la señora Annon, la portera, y pudo también hacerse oír de su hija, Juana, una muchacha delgada y pálida, de grandes ojos, pero cuerpo sin apenas formas. Los hombres no solían asistir a estas «reuniones veraniegas»; preferían el paseo o la tertulia en cualquier taberna. Y tampoco todas las mujeres bajaban al patio.

Juana Grenville ocultaba su rencor hacia la vida que llevaba, en una mirada siempre igual, conseguida después de estudiarla muchas veces delante del espejo; una mirada de indiferencia, de superioridad, tal vez. La copió de una actriz norteamericana, protagonista de cierta película, y desde entonces la cultiva.

—¡Esta hija mía es más rara! No sabe tratar a los hombres. Bien es verdad que aquí en París conoce a pocos dignos de tenerse en cuenta. Pero se presenta siempre tan fría ante ellos... Para este otoño pienso mandarla con mis cuñados a Lyon; si no se corrige no conseguiré nada. Y eso que

va a tener oportunidad de conocer a lo mejorcito de la ciudad...

Juana no contesta. Piensa en aventuras extrañas de las que ella cree pueden salirle al paso desde cualquier bocacalle de la ciudad; está harta de su vida igual y monótona; de sus paseos rápidos, siempre apresurando el paso junto a su madre, por las calles de París. A veces sonríe a algún paseante que la mira, pero la señora Grenville la atosiga:

—Vamos, Juana. Reserva esas carantoñas para Lyon, cuando vayas este otoño con tus tíos.

Y ya Lyon la da también asco.

La voz de Gabriela Grenville, continúa haciéndose oír...

—Y es lo que yo digo. Mi Juana ya va para los veinte años y es menester pensar en casarla.

Otra mentira, ¿qué más da? Demasiado sabe su madre que ha cumplido los veinticinco. Pero la vida de Juana Grenville es así. Al menos ella se la imagina como esas correas sin fin que emplean en la fábrica donde trabaja su padre, que nunca se detienen, pero tampoco varían nunca.

Y en este ambiente de barrio, de patio y de vecinas, iba a entrar un nuevo personaje: Marcelo Selleurs, el «provinciano».

## II EL PROVINCIANO

Ya era popular su silueta cuando aun no hacía tres días que se hospedaba en la casa de la viuda Craiseul. Los vecinos, y especialmente la señora Grenville, lo consideraban como un detalle más de su vida diaria, como algo que iba íntimamente ligado a la casa de la calle de La Roquette; si les hubieran preguntado cuándo llegó el señor Selleurs a vivir con ellos, seguramente se hubieran sorprendido; no se podía concebir que en un pasado próximo la figura del «provinciano» no apareciera exacta y sistemáticamente a horas fijas en el portal, en la escalera, deteniéndose un instante en la portería, dando los buenos días a todos, interesándose por esos pequeños problemas de la gente sencilla (una enfermedad, un incidente en el trabajo, una vulgar riña familiar), que son sus grandes efemérides.

Marcelo Selleurs era alto y corpulento; en su rostro, ancho y redondo, brillaba casi siempre una sonrisa comprensiva. Y sus ojos se alegraban invariablemente al encontrarse con algún vecino.

—¿Cómo siguen esos pies, señora Gabriela? —solía preguntar, como si la conociera de toda la vida.

—Hoy un poco mejor, señor Selleurs. Aunque si continúa el calor temo que vuelvan a inflamarse.

—¿Ha probado a darse friegas con alcohol de romero?

Porque el señor Selleurs tenía siempre a punto una receta casera para cualquier dolencia. Sus nuevos vecinos confiaban en él, y tal vez a ello se debía que los remedios

aconsejados surtieron mayor efecto que los tratamientos médicos.

La señora Annon, la portera, cuchicheaba a este respecto con las vecinas:

—Yo creo que es un doctor retirado. Entiende de todo. Mi chico tenía un orzuelo en un ojo y con unas hierbas que nos dió le ha desaparecido en unas horas.

Luisa Praute, una mujer joven que vivía en el último piso, opinó por el contrario:

—Más me inclino yo a que sea un curandero. En algunas comarcas del Sur tienen más fama que los médicos.

Pero esta tesis fué rechazada tajantemente por todos los inquilinos. Emanaba del señor Selleurs una mezcla de distinción y dignidad que no se avenían con un oficio medio de brujería, como el de curandero. Desde entonces no fué muy bien vista Luisa Praute; porque en sólo tres días ya era «el provinciano» una institución en la casa de la calle de La Roquette.

Pero la sensación general crecía en intensidad en una de aquellas familias: la de Gabriela y Juana Grenville. La madre pensaba que tal vez en Lyon no iba a ser fácil encontrar un partido tan conveniente para su retoño como este «caballero de provincias», establecido en París y con mucho dinero. Comenzó sus ataques sobre Juana al día siguiente del establecimiento de Marcelo Selleurs en la casa.

—¡Buena oportunidad para una chica guapa y joven como tú! ¿No te has fijado en el señor Selleurs?

—Parece una buena persona —repuso Juana pensando en otra cosa.

—¡Ya lo creo que sí! Un hombre excelente, amable, bueno, con dinero y de figura atrayente; en resumen: un marido perfecto si logras interesarle.

—Es muy viejo. Por la edad podía ser mi padre —argumentó la muchacha.

—¡Mejor que mejor! Los hombres maduros tienen más experiencia, y eso, Juana, tiene una gran importancia en la

vida. Aparte de que exageras; no es ningún viejo; yo le calculo unos cuarenta y tantos años.

—¡Y cincuenta y tantos también! —dijo, sin poder contenerse, Juana, que seguía soñando en aventuras con hombres atléticos, bellos como dioses paganos.

—Lo más cincuenta, transigió la señora Grenville. Lo que pasa es que a las chicas jóvenes de hoy los hombres de más de treinta años ya os parecen abuelos. Pero yo sé más que tú, Juana. Si te enamoras de un jovencito puedes figurarte cuál sea tu porvenir: poco jornal y muchos disgustos. En cambio, ese caballero te rodearía de comodidades y cuidados; sería un marido cariñoso y comprensivo y, en el peor de los casos, te dejaría viuda y rica cuando aun fueras joven.

Y como Juana no contestara nada por considerarlo inútil, su madre se creció.

—Vamos a trazar un pequeño plan. Yo sé de memoria las horas a las que sale de la casa; cuando cruza el patio y cuando entra en el portal. Debes hacerte la encontradiza, sonreírle como tú sabes cuando quieres, saludarle siempre muy amable... Lo demás corre de mi cuenta.

Ya se veía la señora Grenville en Lyon bajando de un automóvil, con una piel rodeada al cuello, visitando a sus cuñados. ¡Lo que iban a rabiarse con la importancia que siempre se daban ante ella! Asistía, mentalmente, a la ceremonia de la boda entre el señor Selleurs y su hija y calculaba a cuánto ascenderían los ahorros del «provinciano».

En cuanto a la viuda que lo hospedaba, no sabía hablar de su huésped sino en términos altamente elogiosos. Bendecía el momento en que llegó a su casa, porque, además de bueno, era muy espléndido.

—Usted necesita una cama mejor que la que tiene —le dijo al segundo día—. Ya sé que me ha cedido su cuarto, el más cómodo de la casa, y usted, en cambio, duerme en uno mal amueblado. Y esto no es justo. Tenga estos billetes y arréglese un poco su habitación.

Eran inútiles las protestas de la señora Craiseul; Marcelo Selleurs no transigía y la viuda tenía que terminar por coger el dinero.

—A mí me sobra, creame —afirmaba el huésped—. Tengo más de lo que podría gastar en toda mi vida, aunque ésta se prolongase cien años.

Y sólo le quedaba, como recurso, a la viuda derramar unas lágrimas de sincera gratitud.

La vida del «provinciano» en París seguía así su curso metódico. Por las mañanas se levantaba tarde y solía dar un paseo hacia el barrio Latino. Se detenía unos momentos en el Puente de Austerlitz y se internaba en el Jardín Botánico unas veces y otras llegaba hasta el parque de Luxemburgo. Por las tardes, pasada la hora agobiante del mayor calor, hacía lo que la mayoría de los habitantes de París y todos los procedentes de las provincias: iba a los Grandes Bulevares y consumía lentamente, jarra tras jarra, una buena cantidad de cerveza. Regresaba después a su hospedaje y no salía ya; se limitaba a sentarse un rato en el patio de la casa, en compañía de algunos vecinos, para charlar un poco o, por mejor decir, para hacer oír su voz en un largo monólogo, ya que sus interlocutores, a pesar de ser de París y tener delante de sí a un provinciano, le consideraban como autoridad en cuantas materias se debatían, tal vez por su empaque o quizá por el dinero que poseía.

Pero al cuarto día de estancia en la casa ocurrió algo desacostumbrado. Marcelo Selleurs salió después de cenar hacia el corazón de la ciudad.

